

Entre los poetas míos...



Rosario Castellanos

CON el título genérico “Entre los poetas míos” venimos publicando, en el mundo virtual, una colección de cuadernos monográficos con los que deseamos contribuir a la divulgación de una poesía crítica que, con diversas denominaciones (“poesía social”, “poesía comprometida”, “poesía de la conciencia”...) se caracteriza por centrar su temática en los seres humanos, bien sea para ensalzar sus valores genéricos, o bien para denunciar los atropellos, injusticias y abusos cometidos por quienes detentan el Poder en cualquiera de sus formas.

Poesía ésta que no se evade de la realidad, sino que incide en ella con intención transformadora. Se entiende por ello que tal producción y sus autores hayan sido frecuentemente acallados, desprestigiados, censurados e incluso perseguidos por dichos poderes dominantes.

Se trata, en fin, de una poesía no neutral, teñida por el compromiso ético de sus autores.

Los textos aquí incorporados proceden de muy diversas fuentes. Unos de nuestra biblioteca personal, otros de Internet.

La edición digitalizada de estos cuadernos poéticos carece de toda finalidad económica. No obstante, si alguien se considera perjudicado en sus legítimos derechos de propiedad intelectual, rogamos nos lo haga saber para que retiremos los textos cuestionados.



Biblioteca
OMEGALFA
ΩΑ

*Entre los poetas míos...***Rosario Castellanos**

(1925 - 1974)

Escritora y diplomática oriunda de México, nacida en el Distrito Federal el 25 de mayo del año 1925 y fallecida trágicamente en Israel el 7 de agosto de 1974.

Su infancia transcurrió en el estado de Chiapas, hecho que se percibe en sus obras tanto a nivel estilístico como por el universo en el que se sitúan.

Desde esa época pudo observar a la sociedad mexicana desde el punto de vista del poder adquisitivo; esto le permitió advertir lo dura que resultaba la vida de los pueblos aborígenes, causando en ella un hondo impacto.

Con respecto a su formación académica, estudió Filosofía y Letras en la UNAM obteniendo una maestría. Más tarde una beca le permitió perfeccionar sus estudios en España.

Además de dedicarse a la actividad literaria, ejerció la enseñanza, profesión que la llevó a varias universidades tanto nacionales como norteamericanas.

Practicó con gran éxito todos los géneros literarios, destacando especialmente en el cultivo de la poesía, habiéndose convertido en una de las más importantes representantes de México en el último siglo.

En su obra se refleja, además de su preocupación social, la defensa de los derechos de la mujer.

Aunque perdió la vida siendo todavía muy joven, produjo una gran cantidad de libros entre los que señalamos los siguientes:

“Rito de iniciación” (novela), “Mujer que sabe latín” (ensayo) y los poemarios “Apuntes para una declaración de fe” y “Poesía no eres tú”.

La calidad de su producción literaria fue reconocida en los importantes premios obtenidos. Una muestra de ellos son: El Premio Xavier Villaurrutia, “Sor Juana Inés de la Cruz” y el “Premio Carlos Troyet”.

Toda su obra poética se encuentra recopilada en el libro «Poesía no eres tú».



Agonía fuera del muro

Miro las herramientas,
el mundo que los hombres hacen, donde se afanan,
sudán, paren, cohabitan.

El cuerpo de los hombres prensado por los días,
su noche de ronquido y de zarpazo
y las encrucijadas en que se reconocen.

Hay ceguera y el hambre los alumbra
y la necesidad, más dura que metales.

Sin orgullo (¿qué es el orgullo? ¿Una vértebra
que todavía la especie no produce?)
Los hombres roban, mienten,
como animal de presa olfatean, devoran
y disputan a otro la carroña.

Y cuando bailan, cuando se deslizan
o cuando burlan una ley o cuando
se envilecen, sonríen,
entornan levemente los párpados, contemplan
el vacío que se abre en sus entrañas
y se entregan a un éxtasis vegetal, inhumano.

Yo soy de alguna orilla, de otra parte,
soy de los que no saben ni arrebatar ni dar,
gente a quien compartir es imposible.

No te acerques a mí, hombre que haces el mundo,
déjame, no es preciso que me mates.
Yo soy de los que mueren solos, de los que mueren
de algo peor que vergüenza.
Yo muero de mirarte y no entender.

Del poemario "Lívica luz".

Ajedrez

Porque éramos amigos y, a ratos, nos amábamos;
quizá para añadir otro interés
a los muchos que ya nos obligaban
decidimos jugar juegos de inteligencia.

Pusimos un tablero enfrente de nosotros:
equitativo en piezas, en valores,
en posibilidad de movimientos.

Aprendimos las reglas, les juramos respeto
y empezó la partida.

Henos aquí hace un siglo, sentados, meditando
encarnizadamente
cómo dar el zarpazo último que aniquile
de modo inapelable y, para siempre, al otro.

Fuente: [Poemas de Rosario Castellanos](#)

Amanecer

¿Qué se hace a la hora de morir? ¿Se vuelve la cara a la pared?
¿Se agarra por los hombros al que está cerca y oye?
¿Se echa uno a correr, como el que tiene
las ropas incendiadas, para alcanzar el fin?

¿Cuál es el rito de esta ceremonia?
¿Quién vela la agonía? ¿Quién estira la sábana?
¿Quién aparta el espejo sin empañar?

Porque a esta hora ya no hay madre y deudos.
Ya no hay sollozo. Nada, más que un silencio atroz.

Todos son una faz atenta, incrédula
de hombre de la otra orilla.

Porque lo que sucede no es verdad.

Del poemario "Lívida luz"

Amor

Sólo la voz, la piel, la superficie
pulida de las cosas.

Basta. No quiere más la oreja, que su cuenco
rebalsaría y la mano ya no alcanza
a tocar más allá.

Distraída, resbala, acariciando
y lentamente sabe del contorno.
Se retira saciada
sin advertir el ulular inútil
de la cautividad de las entrañas
ni el ímpetu del cuajo de la sangre
que embiste la compuerta del borbotón, ni el nudo
ya para siempre ciego del sollozo.

El que se va se lleva su memoria,
su modo de ser río, de ser aire,
de ser adiós y nunca.

Hasta que un día otro lo para, lo detiene
y lo reduce a voz, a piel, a superficie
ofrecida, entregada, mientras dentro de sí
la oculta soledad aguarda y tiembla.

Fuente: [Los poetas: Rosario Castellanos](#)

Apelación al solitario

Es necesario, a veces, encontrar compañía.

Amigo, no es posible ni nacer ni morir
sino con otro. Es bueno
que la amistad le quite
al trabajo esa cara de castigo
y a la alegría ese aire ilícito de robo.

¿Cómo podrías estar solo a la hora
completa, en que las cosas y tú hablan y hablan,
hasta el amanecer?

Fuente: <http://amediavoz.com/castellanos.htm>

Apuntes para una declaración de fe

El mundo gime estéril como un hongo.
 Es la hoja caduca y sin viento en otoño,
 la uva pisoteada en el lagar del tiempo
 pródiga en zumos agrios y letales.
 Es esta rueda isócrona fija entre cuatro cirios,
 esta nube exprimida y paralítica
 y esta sangre blancuzca en un tubo de ensayo.

La soledad trazó su paisaje de escombros.
 La desnudez hostil es su cifra ante el hombre.

Sin embargo, recuerdo...

En un día de amor yo bajé hasta la tierra:
 vibraba como un pájaro crucificado en vuelo
 y olía a hierba húmeda, a cabellera suelta,
 a cuerpo traspasado de sol al mediodía.
 Era como un durazno o como una mejilla
 y encerraba la dicha
 como los labios encierran un beso.

Ese día de amor yo fui como la tierra:
 sus jugos me sitiaban tumultuosos y dulces
 y la raíz bebía con mis poros el aire
 y un rumor galopaba desde siempre
 para encontrar los cauces de mi oreja.
 Al través de mi piel corrían las edades:
 se hacía la luz, se desgarraba el cielo
 y se extasiaba -eterno- frente al mar.
 El mundo era la forma perpetua del asombro
 renovada en el ir y venir de la ola,
 consubstancial al giro de la espuma
 y el silencio, una simple condición de las cosas.

Pero alguien (ya no acierto
 con la estructura inmensa de su nombre)
 dijo entonces: 'No es bueno

que la belleza esté desamparada'
y electrizó una célula.

En el principio -dice
esta capa geológica que toco-
era sólo la danza:
cintura de la gracia que congrega
juventudes y música en su torno.
En el principio era el movimiento.

Cada especie quería constatarse, saberse
y ensayaba las notas de su esencia:
la jirafa alargaba la garganta
para abreviar en nubes de limón.
Punzaba el aire en las avispas múltiples
y vertía chorritos de miel en cada herida
para que el equilibrio permaneciera invicto.

El ciervo competía con la brisa
y el hombre daba vueltas alrededor de un árbol
trenzado de manzanas y serpientes.

Nadie lo confesaba, pero todos
estaban orgullosos de ser como juguetes
en las manos de un niño.

Redondeaban su sombra los planetas
y rebotaban locos de alegría
en las altas paredes del espacio
teñidas de antemano en un risueño azul.

No me explico por qué
fue indispensable que alguien inventara el reloj
y desde entonces todo se atrasa o se adelanta,
la vida se fracciona en horas y en minutos
o se quiebra o se para.

La manzana cayó; pero no sobre un Newton
de fácil digestión,
sino sobre el atónito apetito de Adán.

(Se atragantó con ella como era natural.)

¡Qué implacable fue Dios -ojo que atisba
a través de una hoja de parra ineficaz!
¡Cómo bajó el arcángel relumbrando
con una decidida espada de latón!

Tal vez no debería yo hablar de la serpiente
pero desde esa vez es un escalofrío
en la columna vertebral del universo.
Tal vez yo no debiera descubrirlo
pero fue el primer círculo vicioso
mordiéndose la cola.
Porque esto, en realidad, sólo tendría importancia
si ella lo supiera.
Pero lo ignora todo reptando por el suelo,
dormitando en la siesta.

Ah, si se levantara
sin el auxilio de fakires indios
a contemplar su obra.
Aquí estaríamos todos:
la horda devastando la pradera,
dejando siempre a un lado el horizonte,
tratando de tachar la mañana remota,
de arrasar con la sal de nuestras lágrimas
el campo en que se alzaba el Paraíso.
Gritamos ¡adelante! por no mirar atrás.
El camino se queda señalado
-estatua tras estatua- por la mujer de Lot.
Queremos olvidar la leche que sorbimos
en las ubres de Dios.
Dios nos amamantaba en figura de loba
como a Rómulo y Remo, abandonados.

Abandonados siempre. ¿De qué? ¿De quién? ¿De dónde?
No importa. Nada más abandonados.
Cantamos porque sí, porque tenemos miedo,
un miedo atroz, bestial, insobornable
y nos emborrachamos de palabras

o de risa o de angustia.

¡Qué cuidadosamente nos mentimos!
 ¡Qué cotidianamente planchamos nuestras máscaras
 para hormiguesar un rato bajo el sol!

No, yo no quiero hablar de nuestras noches
 cuando nos retorremos como papel al fuego.
 Los espejos se inundan y rebasan de espanto
 mirando estupefactos nuestros rostros.
 Entonces queda limpio el esqueleto.
 Nuestro cráneo reluce igual que una moneda
 y nuestros ojos se hundan interminablemente.
 Una caricia galvaniza los cadáveres:
 sube y baja los dedos de sonido metálico
 contando y recontando las costillas.
 Encuentra siempre con que falta una
 y vuelve a comenzar y a comenzar.

Engaño en este ciego desnudarse,
 terror del ataúd escondido en el lecho,
 del sudario extendido
 y la marmórea lápida cayendo sobre el pecho.
 ¡No poder escapar del sueño que hace muecas
 obscenas columpiándose en las lámparas!
 Es así como nacen nuestros hijos.
 Parimos con dolor y con vergüenza,
 cortamos el cordón umbilical aprisa
 como quien se desprende de un fardo o de un castigo.

Es así como amamos y gozamos
 y aún de este festín de gusanos hacemos
 novelas pornográficas
 o películas sólo para adultos.
 Y nos regocijamos de estar en el secreto,
 de guiñarnos los ojos a espaldas de la muerte.

La serpiente debía tener manos
 para frotarlas, una contra otra,
 como un burgués rechoncho y satisfecho.

Tal vez para lavárselas lo mismo que Pilatos
 o bien para aplaudir o simplemente
 para tener bastón y puro
 y sombrero de paja como un dandy.
 La serpiente debía tener manos
 para decirle: estamos en tus manos.
 Porque si un día cansados de este morir a plazos
 queremos suicidarnos abriéndonos las venas
 como cualquier romano,
 nos sorprende saber que no tenemos sangre
 ni tinta enrojecida:
 que nos circula un aire tan gratis como el agua.
 Nos sorprende palpar un corazón en huelga
 y unos sesos sin tapa saltarina
 y un estómago inmune a los venenos.
 El suicidio también pasó de moda
 y no conviene dar un paso en falso
 cuando mejor podemos deslizarnos.
 ¡Qué gracia de patines sobre el hielo!
 ¡Qué tobogán más fino! ¡Qué pista lubricada!
 ¡Qué maquinaria exacta y aceitada!

Así nos deslizamos pulcramente
 en los té de las cinco -no en punto- de la tarde,
 en el cocktail o el pic-nic o en cualquiera
 costumbre traducida del inglés.
 Padecemos alergia por las rosas,
 por los claros de luna, por los valeses
 y las declaraciones amorosas por carta.

A nadie se le ocurre morir tuberculoso
 ni escalar los balcones ni suspirar en vano.
 Ya no somos románticos.
 Es la generación moderna y problemática
 que toma coca-cola y que habla por teléfono
 y que escribe poemas en el dorso de un cheque.
 Somos la raza estrangulada por la inteligencia,
 'La insuperable,
 mundialmente famosa trapecista
 que ejecuta sin mácula

triple salto mortal en el vacío'.
 (La inteligencia es una prostituta
 que se vende por un poco de brillo
 y que no sabe ya ruborizarse.)

Puede ser que algún día
 invitemos a un habitante de Marte
 para un fin de semana en nuestra casa.
 Visitaría en Europa lo típico:
 alguna ruina humeante
 o algún pueblo afilando las garras y los dientes.
 Alguna catedral mal ventilada,
 invadida de moho y oro inútil
 y en el fondo un cartel: "Negocio en quiebra."
 Fotografiaría como experto turista
 los vientres abultados de los niños enfermos,
 las mujeres violadas en la guerra,
 los viejos arrastrando en una carretilla
 un ropero sin lunas y una cuna maltrecha.
 Al Papa bendiciendo un cañón y un soldado,
 y las familias reales sordomudas e idiotas,
 al hombre que trabaja rebosante de odio
 y al que vende el horno de sus abuelos
 a la heredera del millón de dólares.

Y luego le diríamos:
 Esto es solo la Europa de pandereta.
 Detrás está la verdadera Europa:
 la rica en frigoríficos -almacenes de estatuas
 donde la luz de un cuadro se congela,
 donde el verbo no puede hacerse carne.
 Allí la vida yace entre algodones
 y mira tristemente tras el cristal opaco
 que la protege de corrientes de aire.
 En estas vastas galerías de muertos,
 de fantasmas reumáticos y polvo,
 nos hinchamos de orgullo y de soberbia.'

Los rascacielos ya los ha visto de lejos:
 los colmenares rubios donde los hombres nacen,

trabajan, se enriquecen y se pudren
 sin preguntarse nunca para qué todo esto,
 sin indagar jamás como se viste el lirio
 y sin arrepentirse de su contento estúpido.

Abandonemos ya tanto cansancio.
 Dejemos que los muertos entierren a sus muertos
 y busquemos la aurora
 apasionadamente atentos a su signo.

Porque hay aún un continente verde
 que imanta nuestras brújulas.
 Un ancho acabamiento de pirámides
 en cuyas cumbres bailan doncellas vegetales
 con ritmos milenarios y recientes
 de quien lleva en los pies la sabia y el misterio.
 Un cielo que las flechas desconocen
 custodiado de mitos y piedras fulgurantes.
 Hay enmarañamientos de raíces
 y contorsión de troncos y confusión de ramas.
 Hay elásticos pasos de jaguares
 proyectados -silencio y terciopelo-
 hacia el vuelo inasible de la garra.

Aquí parece que empezara el tiempo
 en solo un remolino de animales y nubes,
 de gigantescas hojas y relámpagos,
 de bilingües entrañas desangradas.

Corren ríos de sangres sobre la tierra ávida
 corren vivificando las más altas orquídeas,
 las más esclarecidas amapolas.
 Se evaporan rugientes en los templos
 ante la impenetrable pupila de obsidiana.
 Brotan como una fuente repentina
 al chasquido de un látigo.
 Crecen en el abrazo enorme y doloroso
 del cántaro de barro con el licor latino.

Río de sangre eterno y derramado

que deposita limos fecundos en la tierra.
Su caudal se nos pierde a veces en el mapa
y luego lo encontramos
-ocre y azul- rigiendo nuestro pulso.

Río de sangre, cinturón de fuego.
En las tierras que tiñe, en la selva múltipara,
en el litoral bravo de mestiza
mellado de ciclones y tormentas,
en este continente que agoniza
bien podemos plantar una esperanza.

Poemas del alma: Rosario Castellanos

Autorretrato

Yo soy una señora: tratamiento
 arduo de conseguir, en mi caso, y más útil
 para alternar con los demás que un título
 extendido a mi nombre en cualquier academia.

Así, pues, luzco mi trofeo y repito:
 yo soy una señora. Gorda o flaca
 según las posiciones de los astros,
 los ciclos glandulares
 y otros fenómenos que no comprendo.

Rubia, si elijo una peluca rubia.
 O morena, según la alternativa.
 (En realidad, mi pelo encanece, encanece.)

Soy más o menos fea. Eso depende mucho
 de la mano que aplica el maquillaje.

Mi apariencia ha cambiado a lo largo del tiempo
 —aunque no tanto como dice Weininger
 que cambia la apariencia del genio—. Soy mediocre.
 Lo cual, por una parte, me exime de enemigos
 y, por la otra, me da la devoción
 de algún admirador y la amistad
 de esos hombres que hablan por teléfono
 y envían largas cartas de felicitación.
 Que beben lentamente whisky sobre las rocas
 y charlan de política y de literatura.

Amigas... hmmm... a veces, raras veces
 y en muy pequeñas dosis.
 En general, rehuyo los espejos.
 Me dirían lo de siempre: que me visto muy mal
 y que hago el ridículo

cuando pretendo coquetear con alguien.

Soy madre de Gabriel: ya usted sabe, ese niño
que un día se erigirá en juez inapelable
y que acaso, además, ejerza de verdugo.
Mientras tanto lo amo.

Escribo. Este poema. Y otros. Y otros.
Hablo desde una cátedra.
Colaboro en revistas de mi especialidad
y un día a la semana publico en un periódico.

Vivo enfrente del Bosque. Pero casi
nunca vuelvo los ojos para mirarlo. Y nunca
atraveso la calle que me separa de él
y paseo y respiro y acaricio
la corteza rugosa de los árboles.

Sé que es obligatorio escuchar música
pero la eludo con frecuencia. Sé
que es bueno ver pintura
pero no voy jamás a las exposiciones
ni al estreno teatral ni al cine-club.

Prefiero estar aquí, como ahora, leyendo
y, si apago la luz, pensando un rato
en musarañas y otros menesteres.

Sufro más bien por hábito, por herencia, por no
diferenciarme más de mis congéneres
que por causas concretas.

Sería feliz si yo supiera cómo.
Es decir, si me hubieran enseñado los gestos,
los parlamentos, las decoraciones.

En cambio me enseñaron a llorar. Pero el llanto

es en mí un mecanismo descompuesto
y no lloro en la cámara mortuoria
ni en la ocasión sublime ni frente a la catástrofe.

Lloro cuando se quema el arroz o cuando pierdo
el último recibo del impuesto predial.

Fuente: [Poemas de rosario Castellanos \(Poemas del alma\)](#)

Canción de cuna

¿Es grande el mundo? —Es grande. Del tamaño del miedo.
¿Es largo el tiempo? —Es largo. Largo como el olvido.
¿Es profunda la mar? —Pregúntaselo al náufrago.

(El Tentador sonrío. Me acaricia el cabello
y me dice que duerma.)

Fuente: [Poemas del alma: Rosario Castellanos](#)

Destino

Matamos lo que amamos. Lo demás
no ha estado vivo nunca.
Ninguno está tan cerca. A ningún otro hiere
un olvido, una ausencia, a veces menos.
Matamos lo que amamos. ¡Que cese esta asfixia
de respirar con un pulmón ajeno!
El aire no es bastante
para los dos. Y no basta la tierra
para los cuerpos juntos
y la ración de la esperanza es poca
y el dolor no se puede compartir.

El hombre es animal de soledades,
ciervo con una flecha en el ijar
que huye y se desangra.

Ah, pero el odio, su fijeza insomne
de pupilas de vidrio; su actitud
que es a la vez reposo y amenaza.

El ciervo va a beber y en el agua aparece
el reflejo del tigre.

El ciervo bebe el agua y la imagen. Se vuelve
-antes que lo devoren- (cómplice, fascinado)
igual a su enemigo.

Damos la vida sólo a lo que odiamos

Fuente: Lospoetas.com: Rosario Castellanos

Dos meditaciones

Considera, alma mía, esta textura
áspera al tacto, a la que llaman vida.
Repara en tantos hilos tan sabiamente unidos
y en el color, sombrío pero noble,
firme, y donde ha esparcido su resplandor el rojo.
Piensa en la tejedora; en su paciencia
para recomenzar
una tarea siempre inacabada.

Y odia después, si puedes.

II

Hombrecito, ¿qué quieres hacer con tu cabeza?
¿Atar al mundo, al loco, loco y furioso mundo?
¿Castrar al potro Dios?
Pero Dios rompe el freno y continua engendrando
magníficas criaturas,
seres salvajes cuyos alaridos
rompen esta campana de cristal.

<http://www.los-poetas.com/l/caste1.htm>

El despojo

Me arrebataron la razón del mundo
y me dijeron: gasta tus años componiendo
este rompecabezas sin sentido.

No hay más. Un acto es una estatua rota.
Una palabra es sólo
la imagen deformada en un espejo.

¿Qué vas a amar? ¿Un cuerpo que se pudre
-ese pantano lento en que te ahogas-
o un alma que no existe?

¿Qué puedes esperar? El tiempo es lo continuo
y si dices “mañana” mientes, pues dices “hoy”.

Ni siquiera se muere. Algo muy leve cambia
y sigues, dura, en piedra; creciendo en vegetal
y otra vez despertando en lo que eras.

Otra vez. Otra vez.

Me dijeron: no busques. Nada se te ha perdido.

Y los vi desde lejos
ocultar lo que roban y reír.

Fuente: [Poemas de Rosario Castellanos](#)

El día inútil

Me han traspasado el agua nocturna, los silencios
originarios, las primeras formas
de la vida, la lucha, la escama destrozada, la sangre
y el horror.
Y yo, que he sido red en las profundidades,
vuelvo a la superficie sin un pez.

Del poemario "Lívida luz"

El encerrado

Cara contra los vidrios, fija,
estúpida, mirando sin oír.
Aquí afuera sucede lo que sucede: algo.
Relampaguea una nube,
se alza un ventarrón,
sube una marejada o una llanura
queda quieta bajo la luz.

Las especies feroces
devoran al cordero.
El látigo del fuerte
chasquea sobre el lomo
del miedo y la cadena
del opresor se ciñe
a los tobillos
de los que nunca ya podrán danzar.
Uno persigue a otro, lo alcanza,
lo asesina.

Y tú presencias todo,
maravillado, ajeno,
sin preguntar por qué.

Del poemario "Lívica Luz".

El otro

¿Por qué decir nombres de dioses, astros
espumas de un océano invisible,
polen de los jardines más remotos?
Si nos duele la vida, si cada día llega
desgarrando la entraña, si cada noche cae
convulsa, asesinada.
Si nos duele el dolor en alguien, en un hombre
al que no conocemos, pero está
presente a todas horas y es la víctima
y el enemigo y el amor y todo
lo que nos falta para ser enteros.
Nunca digas que es tuya la tiniebla,
no te bebas de un sorbo la alegría.
Mira a tu alrededor: hay otro, siempre hay otro.
Lo que él respira es lo que a ti te asfixia,
lo que come es tu hambre.
Muere con la mitad más pura de tu muerte.

Poemas de Rosario Castellanos en Poemas del alma

El pobre

Me ve como desde un siglo remoto,
como desde un estrato geológico distinto.

Del idioma que algunos atesoran
le dieron de limosna una palabra
para pedir su pan y otra para dar gracias.
Ninguna para el diálogo.

El domador, con látigo y revólveres,
le enseña a hacer piruetas divertidas,
pero no a erguirse, no a romper la jaula,
y lo premia con una palmada sobre el lomo.

Aunque son tantos (nunca se acabarán, prometen
las profecías) cada uno
cree que es el último sobreviviente
-después de la catástrofe- de una especie extinguida.

Allí está; receptáculo
de la curiosidad incrédula, del odio,
del llanto compasivo, del temor.

Como una luz nos hace
cerrar violentamente los ojos y volvernos
hacia lo que se puede comprender.

Nadie, aunque algunos juren en el templo, en la esquina,
desde la silla del poder o sobre
el estrado del juez, nadie es igual
al pobre ni es hermano de los pobres.

Hay distancia, hay la misma extrañeza interrogante
que ante lo mineral. Hay la inquietud
que suscita un axioma falso. Hay
la alarma, y aun la risa,
de cuando contemplamos
nuestra caricatura, nuestro ayer en un simio.

Y hay algo más. El puño se nos cierra
para oprimir; y el alma
para rechazar lejos al intruso.

¡Qué náusea repentina
(su figura, mi horror)
por lo que debería ser un hombre y no es!

Del poemario "Lívica luz"

Esta tierra que piso...

Esta tierra que piso
es la sábana amante de mis muertos.
Aquí, aquí vivieron y, como yo, decían:
Mi corazón no es mi corazón,
es la casa del fuego.
Y lanzaban su sangre como un potro vehemente
a que mordiera el viento
y alrededor de un árbol danzaban y bebían
canciones como un vino poderoso y eterno.

Ahora estoy yo aquí. Que nadie me salude
como a un recién llegado. Si camino así, torpe,
es porque voy palpando y voy reconociendo.
No llevo entre las manos más que una breve brasa
y un día para arder.
¡Alegría! ¡Bailemos!
Quiero jurarlo aquí, amigos: otra vez
como la primavera
volveremos.

Poemas del alma: Rosario Castellanos

Falsa elegía

Compartimos sólo un desastre lento
Me veo morir en ti, en otro, en todo
Y todavía bostezo o me distraigo
Como ante el espectáculo aburrido.

Se destejen los días,
Las noches se consumen antes de darnos cuenta;

Así nos acabamos.

Nada es. Nada está.
Entre el alzarse y el caer del párpado.

Pero si alguno va a nacer (su anuncio,
La posibilidad de su inminencia
Y su peso de sílaba en el aire),
Trastorna lo existente,
Puede más que lo real
Y desaloja el cuerpo de los vivos.

<http://www.los-poetas.com/v/caste1.htm>

Jornada de la soltera

Da vergüenza estar sola. El día entero
 arde un rubor terrible en su mejilla.
 (Pero la otra mejilla está eclipsada.)

La soltera se afana en quehacer de ceniza,
 en labores sin mérito y sin fruto;
 y a la hora en que los deudos se congregan
 alrededor del fuego, del relato,
 se escucha el alarido
 de una mujer que grita en un páramo inmenso
 en el que cada peña, cada tronco
 carcomido de incendios, cada rama
 retorcida, es un juez
 o es un testigo sin misericordia.

De noche la soltera
 se tiende sobre el lecho de agonía.
 Brota un sudor de angustia a humedecer las sábanas
 y el vacío se puebla
 de diálogos y hombres inventados.

Y la soltera aguarda, aguarda, aguarda
 y no puede nacer en su hijo, en sus entrañas,
 y no puede morir

en su cuerpo remoto, inexplorado,
 planeta que el astrónomo calcula,
 que existe aunque no ha visto.

Asomada a un cristal opaco la soltera
 -astro extinguido-pinta con un lápiz
 en sus labios la sangre que no tiene

y sonrío ante un amanecer sin nadie.

Del poemario "Lívica Luz"

Kinsey Report

1

—¿Si soy casada? Sí. Esto quiere decir
que se levantó un acta en alguna oficina
y se volvió amarilla con el tiempo
y que hubo ceremonia en una iglesia
con padrinos y todo. Y el banquete
y la semana entera en Acapulco.

No, ya no puedo usar mi vestido de boda.
He subido de peso con los hijos,
con las preocupaciones. Ya ve usted, no faltan.

Con frecuencia, que puedo predecir,
mi marido hace uso de sus derechos o,
como él gusta llamarlo, paga el débito
conyugal. Y me da la espalda. Y ronca.
Yo me resisto siempre. Por decoro.
Pero, siempre también, cedo. Por obediencia.

No, no me gusta nada.
De cualquier modo no debería de gustarme
porque yo soy decente ¡y él es tan material!

Además, me preocupa otro embarazo.
Y esos jadeos fuertes y el chirrido
de los resortes de la cama pueden
despertar a los niños que no duermen después
hasta la madrugada.

2

Soltera, sí. Pero no virgen. Tuve
un primo a los trece años.

Él de catorce y no sabíamos nada.
Me asusté mucho. Fui con un doctor

que me dio algo y no hubo consecuencias.

Ahora soy mecanógrafa y algunas veces salgo
a pasear con amigos.

Al cine y a cenar. Y terminamos
la noche en un motel. Mi mamá no se entera.

Al principio me daba vergüenza, me humillaba
que los hombres me vieran de ese modo
después. Que me negaran
el derecho a negarme cuando no tenía ganas
porque me habían fichado como puta.

Y ni siquiera cobro. Y ni siquiera
puedo tener caprichos en la cama.
Son todos unos tales. ¿Qué que por qué lo hago?
Porque me siento sola. O me fastidio.

Porque ¿no lo ve usted? estoy envejeciendo.
Ya perdí la esperanza de casarme
y prefiero una que otra cicatriz
a tener la memoria como un cofre vacío.

3

Divorciada. Porque era tan mula como todos.
Conozco a muchos más. Por eso es que comparo.

De cuando en cuando echo una cana al aire
para no convertirme en una histérica.

Pero tengo que dar el buen ejemplo
a mis hijas. No quiero que su suerte
se parezca a la mía.

4

Tengo ofrecida a Dios esta abstinencia,
¡por caridad, no entremos en detalles!

A veces sueño. A veces despierto derramándome
y me cuesta un trabajo decirle al confesor
que, otra vez, he caído porque la carne es flaca.

Ya dejé de ir al cine. La oscuridad ayuda
y la aglomeración en los elevadores.

Creyeron que me iba a volver loca
pero me estaba atendiendo un médico. Masajes.

Y me siento mejor.

5

A los indispensables (como ellos se creen)
los puede usted echar a la basura,
como hicimos nosotras.

Mi amiga y yo nos entendemos bien.
Y la que manda es tierna, como compensación;;
así como también la que obedece
es coqueta y se toma sus revanchas.

Vamos a muchas fiestas, viajamos a menudo
y en el hotel pedimos
un solo cuarto y una sola cama.

Se burlan de nosotras pero también nosotras
nos burlarnos de ellos y quedamos a mano.

Cuando nos aburramos de estar solas
alguna de los dos irá a agenciarse un hijo.

¡No, no de esa manera! En el laboratorio
de la inseminación artificial.

6

Señorita. Sí, insisto. Señorita.
Soy joven. Dicen que no fea. Carácter
llevadero. Y un día
vendrá el Príncipe Azul, porque se lo he rogado
como un milagro a San Antonio. Entonces
vamos a ser felices. Enamorados siempre.

¡Qué importa la pobreza! Y si es borracho
lo quitaré del vicio. Si es mujeriego
yo voy a mantenerme siempre tan atractiva,
tan atenta a sus gustos, tan buena ama de casa,
tan prolífica madre
y tan extraordinaria cocinera,
que se volverá fiel como premio a mis méritos,
entre los que el mayor es la paciencia.

Lo mismo que mis padres y los de mi marido
celebraremos nuestras bodas de oro
con gran misa solemne.

No, no he tenido novio. No, ninguno
todavía. Mañana.

Fuente: [Mujeres por la democracia: Kinsey Report](#)

La nostalgia

Si te digo que fui feliz, no es cierto.

No creas lo que yo creo cuando me engaño.

El recuerdo embellece lo que toca:
te quita la jaqueca que tuviste,
el sopor de la siesta lo transfigura en éxtasis
y, en cuanto a ese zapato que apretaba
tanto que te impidió bailar el primer baile,
no hubo zapato. Mira: estás descalza, danzas
eternamente ingrávida en el círculo
cerrado de un abrazo.

Danzas sin esa doble barbilla de tu gula,
sin esa arruga artera
que está acechando alrededor de tu ojo.

Poemas de Rosario Castellanos Mujeres y la sexta

La velada del sapo

Sentadito en la sombra
-solemne con tu bocio exoftálmico; cruel
(en apariencia, al menos, debido a la hinchazón
de los párpados); frío,
frío de repulsiva sangre fría.

Sentadito en la sombra miras arder la lámpara

En torno de la luz hablamos y quizá
Uno dice tu nombre.

(En septiembre. Ha llovido)

Como por el resorte de la sorpresa, saltas
Y aquí estás ya, en medio de la conversación,
En el centro del grito.

¡Con qué miedo sentimos palpitar
el corazón desnudo
de la noche en el campo!

<http://www.los-poetas.com/l/caste1.htm>

Lívida luz

No puedo hablar sino de lo que sé.

Como Tomás tengo la mano hundida
en una llaga. Y duele en el otro y en mí.

¡Ah, qué sudor helado de agonía!
¡Qué convulsión de asco!

No, no quiero consuelo, ni olvido, ni esperanza.

Quiero valor para permanecer,
para no traicionar lo nuestro: el día
presente y esta luz con que se mira entero.

Del poemario: *Lívida luz*.

Lo Cotidiano

Para el amor no hay cielo, amor, sólo este día;
Este cabello triste que se cae
Cuando te estás peinando ante el espejo.
Esos túneles largos
Que se atraviesan con jadeo y asfixia;
Las paredes sin ojos,
El hueco que resuena
De alguna voz oculta y sin sentido.

Para el amor no hay tregua, amor. La noche
Se vuelve, de pronto, respirable.
Y cuando un astro rompe sus cadenas
Y lo ves zigzaguear, loco, y perderse,
No por ello la ley suelta sus garfios.
El encuentro es a oscuras. En el beso se mezcla
El sabor de las lágrimas.
Y en el abrazo ciñes
El recuerdo de aquella orfandad, de aquella muerte.

<http://www.los-poetas.com/l/caste1.htm>

Los distraídos

Algunos lo ignoraban.
 Creían que la tierra era aún habitable.
 No miraron la grieta
 que el sismo abrió; no estaban cuando el cáncer
 aparecía en el rostro espantado de un hombre.

Rieron en el instante
 en que una manzana, en vez de caer,
 voló y el universo fue declarado loco.

No presenciaron la degollación
 del inocente. Nunca distinguieron
 a un inocente del que no lo es.

(Por otra parte habían aprobado,
 desde el principio, la pena de muerte.)

Continuaron llegando a los lugares,
 exigiendo una silla más cómoda, un menú
 más exquisito, un trato más correcto.

¡Querido, si te sirven sin gratitud, castígalos!

Y en los muros había un desorden peculiar
 y en las mesas no había comida sino odio
 y odio en el vino y odio en el mantel
 y odio hasta en la madera y en los clavos.

Entre sí cuchicheaban los distraídos:
 ¿qué es lo que sucede? ¡Hay que quejarse!

Nadie escuchaba. Nadie podía detenerse.

Era el tiempo de las emigraciones.
 Todo ardía: ciudades, bosques enteros, nubes.

Del poemario: "Lúvida luz"

Meditación en el umbral

No, no es la solución
 tirarse bajo un tren como la Ana de Tolstoy
 ni apurar el arsénico de Madame Bovary
 ni aguardar en los páramos de Ávila la visita
 del ángel con venablo
 antes de liarse el manto a la cabeza
 y comenzar a actuar.

Ni concluir las leyes geométricas, contando
 las vigas de la celda de castigo
 como lo hizo Sor Juana. No es la solución
 escribir, mientras llegan las visitas,
 en la sala de estar de la familia Austen
 ni encerrarse en el ático
 de alguna residencia de la Nueva Inglaterra
 y soñar, con la Biblia de los Dickinson,
 debajo de una almohada de soltera.

Debe haber otro modo que no se llame Safo
 ni Mesalina ni María Egipcíaca
 ni Magdalena ni Clemencia Isaura.

Otro modo de ser humano y libre.

Otro modo de ser.

Mujeres y la sexta. Poemas de Rosario Castellanos

Monólogo en la celda

Se olvidaron de mí, me dejaron aparte.
 Y yo no sé quién soy
 porque ninguno ha dicho mi nombre; porque nadie
 me ha dado ser, mirándome.

Dentro de mí se pudre un acto, el único
 que no conozco y no puedo cumplir
 porque no basta a ello un par de manos.

(El otro es el espacio en que se siembra
 o el aire en que se crece
 o la piedra que hay que despedazar.)

Pero solo... Y el cuerpo
 que quisiera nacer en el abrazo,
 que precisa medir su tamaño en la lucha
 y desatar sus nudos
 en un hijo, en la muerte compartida.

Pero solo... Golpeo una pared,
 me estrello ante una puerta que no cede,
 me escondo en el rincón
 donde teje sus redes la locura.

¿Quién me ha enredado aquí? ¿Dónde se fueron todos?
 ¿Por qué no viene alguno a rescatarme?

Hace frío. Tengo hambre. Y ya casi no veo
 de oscuridad y lágrimas.

Del poemario "Lívica luz"

Parábola de la Inconstante

Antes cuando me hablaba de mí misma, decía:
 Si yo soy lo que soy
 Y dejo que en mi cuerpo, que en mis años
 Suceda ese proceso
 Que la semilla le permite al árbol
 Y la piedra a la estatua, seré la plenitud.

Y acaso era verdad. Una verdad.

Pero, ay, amanecía dócil como la hiedra
 A asirme a una pared como el enamorado
 Se ase del otro con sus juramentos.

Y luego yo esparcía a mi alrededor, erguida
 En solidez de roble,
 La rumorosa soledad, la sombra
 Hospitalaria y daba al caminante
 - a su cuchillo agudo de memoria -
 el testimonio fiel de mi corteza.

Mi actitud era a veces el reposo
 Y otras el arrebató,
 La gracia o el furor, siempre los dos contrarios
 Prontos a aniquilarse
 Y a emerger de las ruinas del vencido.

Cada hora suplantaba a alguno; cada hora
 Me iba de algún mesón desmantelado
 En el que no encontré ni una mala bujía
 Y en el que no me fue posible dejar nada.

Usurpaba los nombres, me coronaba de ellos
 Para arrojar después, lejos de mí, el despojo.

Heme aquí, ya al final, y todavía
 No sé qué cara le daré a la muerte.

Pithecanthropus erectus

Acometió una vez, sólo una vez, la hazaña
que lo hizo similar a un ser humano.

¿Quién recuerda qué fue? Ninguno. Acaso
se atrevió a contemplar, cara a cara, a su jefe
y decirle, entre toses de asfixia, en la asamblea
de empleados de oficina: “No me gustan sus chistes”.

Tal vez no se abrió paso entre la multitud
a empujones, codazos, zancadillas,
para felicitar al triunfador.

O se cruzó de brazos a la hora de aplaudir.
Quizá no golpeó en las manos al náufrago
asido de la tabla
o, intacta, devolvió la billetera
que se encontró en la calle.

Si su virtud hubiera sido heroica
—como en los casos dichos— sería memorable.

Mas como nada consta en los anales
tenemos que concluir que éste fue un hombre
de los que no exageran, de los que se conforman
con estar, si hay que estar. O con marcharse
a la hora de partir.

Un hombre que se quita el sombrero si hay señoras
en el elevador y que cede la acera
al inválido aquel con su carrito.

Presencia

Algún día lo sabré. Este cuerpo que ha sido
Mi albergue, mi prisión, mi hospital, es mi tumba.

Esto que uní alrededor de un ansia,
De un dolor, de un recuerdo,
Desertará buscando el agua, la hoja,
La espora original y aun lo inerte y la piedra.

Este nudo que fui (inextricable
De cóleras, traiciones, esperanzas,
Vislumbres repentinos, abandonos,
Hambres, gritos de miedo y desamparo
Y alegría fulgiendo en las tinieblas
Y palabras y amor y amor y amores)
Lo cortarán los años.

Nadie verá la destrucción. Ninguno
Recogerá la página inconclusa.
Entre el puñado de actos
Dispersos, aventados al azar, no habrá uno
Al que pongan aparte como a perla preciosa.
Y sin embargo, hermano, amante, hijo,
Amigo, antepasado,
No hay soledad, no hay muerte
Aunque yo olvide y aunque yo me acabe.

Hombre, donde tú estás, donde tú vives
Permaneceremos todos.

<http://www.los-poetas.com/l/caste1.htm>

Ser de río sin peces

Ser de río sin peces, esto he sido.
Y revestida voy de espuma y hielo.
Ahogado y roto llevo todo el cielo
y el árbol se me entrega malherido.

A dos orillas del dolor uncido
va mi caudal a un mar de desconsuelo.
La garza de su estero es alto vuelo
y adiós y breve sol desvanecido.

Para morir sin canto, ciego, avanza
mordido de vacío y de añoranza.
Ay, pero a veces hondo y sosegado
se detiene bajo una sombra pura.
Se detiene y recibe la hermosura
con un leve temblor maravillado.

<http://www.los-poetas.com/l/caste1.htm>

Telenovela

El sitio que dejó vacante Homero,
 el centro que ocupaba Scherezada
 (o antes de la invención del lenguaje, el lugar
 en que se congregaba la gente de la tribu
 para escuchar al fuego)
 ahora está ocupado por la Gran Caja Idiota.

Los hermanos olvidan sus rencillas
 y fraternizan en el mismo sofá; señora y sierva
 declaran abolidas diferencias de clase
 y ahora son algo más que iguales: cómplices.

La muchacha abandona
 el balcón que le sirve de vitrina
 para exhibir disponibilidades
 y hasta el padre renuncia a la partida
 de dominó y pospone
 los otros vergonzantes merodeos nocturnos.

Porque aquí, en la pantalla, una enfermera
 se enfrenta con la esposa frívola del doctor
 y le dicta una cátedra
 en que habla de moral profesional
 y las interferencias de la vida privada.

Porque una viuda cosa hasta perder la vista
 para costear el baile de su hija quinceañera
 que se avergüenza de ella y de su sacrificio
 y la hace figurar como una criada.

Porque una novia espera al que se fue;
 porque una intrigante urde mentiras:
 porque se falsifica un testamento;
 porque una soltera da un mal paso
 y no acierta a ocultar las consecuencias.

Pero también porque la debutante

ahuyenta a todos con su mal aliento.
 Porque la lavandera entona una aleluya
 en loor del poderoso detergente.
 Porque el amor está garantizado
 por un desodorante
 y una marca especial de cigarrillos
 y hay que brindar por él con alguna bebida
 que nos hace felices y distintos.

Y hay que comprar, comprar, comprar, comprar.
 Porque compra es sinónimo de orgasmo,
 porque comprar es igual que beatitud,
 porque el que compra se hace semejante a dioses.

No hay en ello herejía.
 Porque en la concepción y en la creación del hombre
 se usó como elemento la carencia.
 Se hizo de él un ser menesteroso,
 una criatura a la que le hace falta
 lo grande y lo pequeño.

Y el secreto teológico, el murmullo
 murmurado al oído del poeta,
 la discusión del aula del filósofo
 es ahora potestad del publicista.

Como dijimos antes no hay nada malo en ello.
 Se está siguiendo un orden natural
 y recurriendo a su canal idóneo.

Cuando el programa acaba
 la reunión se disuelve.
 Cada uno va a su cuarto
 mascullando un -apenas- "buenas noches".

Y duerme. Y tiene hermosos sueños prefabricados.

Fuente: A media voz. Rosario Castellanos

Tres poemas

I

¿Qué hay más débil que un dios? Gime hambriento y husmea
la sangre de la víctima
y come sacrificios y busca las entrañas
de lo creado, para hundir en ellas
sus cien dientes rapaces.

(Un dios. O ciertos hombres que tienen un destino.)

Cada día amanece
y el mundo es nuevamente devorado.

II

Los ojos del gran pez nunca se cierran.
No duerme. Siempre mira (¿a quién?, ¿a dónde?),
en su universo claro y sin sonido.

Alguna vez su corazón, que late
tan cerca de una espina, dice: quiero.

Y el gran pez, que devora
y pesa y tiñe el agua con su ira
y se mueve con nervios de relámpago,
nada puede, ni aun cerrar los ojos.

Y más allá de los cristales, mira.

III

Ay, la nube que quiere ser la flecha del cielo
o la aureola de Dios o el puño del relámpago.

Y a cada aire su forma cambia y se desvanece
y cada viento arrastra su rumbo y lo extravía.

Deshilachado harapo, vellón sucio,
sin entraña, sin fuerza, nada, nube.

Del poemario "Lívida luz".

Bibliografía

Poesía

- *Trayectoria del polvo*, México: Costa-Amic, [OCLC 122444384](#)
- *Apuntes para una declaración de fe*, México: Secretaría de Educación Pública, [OCLC 760605820](#)
- Castellanos, Rosario (1950), *De la vigilia estéril*, México: Ediciones de "América", [OCLC 123194295](#)
- Castellanos, Rosario (1952), *El rescate del mundo*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas: Gobierno del Estado de Chiapas, Departamento de Prensa y Turismo, [OCLC 651234309](#)
- *Presentación en el templo*, Madrid, España, 1951; 2a. ed., en Revista Antológica, México, 1952.
- *Poemas: 1953-1955*, Metáfora, México, 1957.
- *Al pie de la letra*, Universidad Veracruzana, México, 1959.
- *Salomé y Judith*, Jus, Voces Nuevas, 5, México, 1959.
- *Lívida luz*, Universidad Nacional Autónoma de México, 1960.
- *Materia memorable* (1969)
- *La tierra de en medio* (1969)
- *Poesía no eres tñ*, obra poética 1948-1971, F. de C. E., México, 1972.

En Internet

(Información complementaria)

- http://es.wikipedia.org/wiki/Rosario_Castellanos
- Pasaporte a la poesía de Rosario Castellanos
- Canto sin fronteras. Rosario Castellanos. Edición Conmemorativa
- Poemas de Rosario Castellanos. Libro al completo
- Poemas cortos de Rosario Castellanos
- <http://www.poemas-del-alma.com/rosario-castellanos.htm#ixzz2zhWrQJB1>

Índice

3	Reseña biográfica
5	Agonía fuera del muro
6	Ajedrez
7	Amanecer
8	Amor
9	Apelación al solitario
10	Apuntes para una declaración de fe
18	Autorretrato
21	Canción de cuna
22	Destino
23	Dos meditaciones
24	El despojo
25	El día inútil
26	El encerrado
27	El otro
28	El pobre
30	Esta tierra que piso
31	Falsa elegía
32	Jornada de la soltera
33	Kinsey Report
37	La nostalgia
38	La velada del sapo
39	Lívida luz
40	Lo cotidiano
41	Los distraídos
42	Meditación en el umbral
43	Monólogo en la celda
44	Parábola de la inconstante
45	Pithecanthropus erectus
46	Presencia
47	Ser de río sin peces
48	Telenovela
50	Tres poemas
51	Bibliografía

Colección de Poesía Crítica
“Entre los poetas míos...”

1	Ángela Figuera Aymerich	50	María Ángeles Maeso
2	León Felipe	51	Pedro Mir
3	Pablo Neruda	52	Jorge Debravo
4	Bertolt Brecht	53	Roberto Sosa
5	Gloria Fuertes	54	Mahmud Darwish
6	Blas de Otero	55	Gioconda Belli
7	Mario Benedetti	56	Yevgueni Yevtushenko
8	Erich Fried	57	Otto René Castillo
9	Gabriel Celaya	58	Kenneth Rexroth
10	Adrienne Rich	59	Vladimir Maiakovski
11	Miguel Hernández	60	María Beneyto
12	Roque Dalton	61	José Agustín Goytisolo
13	Allen Ginsberg	62	Ángel González
14	Antonio Orihuela	63	Manuel del Cabral
15	Isabel Pérez Montalbán	64	Endre Farkas
16	Jorge Riechmann	65	Ana Ajmatova
17	Ernesto Cardenal	66	Daniel Bellón
18	Eduardo Galeano	67	José Portogalo
19	Marcos Ana	68	Julio Fausto Aguilera
20	Nazim Hikmet	69	Aimé Césaire
21	Rafael Alberti	70	Carmen Soler
22	Nicolás Guillén	71	Fernando Beltrán
23	Jesús López Pacheco	72	Gabriel Impaglione
24	Hans Magnus Enzensberg	73	Roberto Fernández Retamar
25	Denise Levertov	74	Afonso Romano de Sant'Anna
26	Salustiano Martín	75	Wisława Szymborska
27	César Vallejo	76	Francisco Cenamor
28	Óscar Alfaro	77	Langston Hughes
29	Abdellatif Laâbi	78	Francisco Urondo
30	Elena Cabrejas	79	Carl Sandburg
31	Enrique Falcón	80	Silvia Cuevas
32	Raúl González Tuñón	81	Victoriano Cremer
33	Heberto Padilla	82	Nicanor Parra
34	Wole Soyinka	83	Ledo Ivo
35	Fadwa Tuqan	84	Amiri Baraka
36	Juan Gelman	85	Muriel Rukeyser
37	Manuel Scorza	86	Jorge Etcheverry
38	David Eloy Rodríguez	87	Ali Ahmad Said, “Adonis”
39	Lawrence Ferlinghetti	88	Víctor Valera Mora “El Chino”
40	Francisca Aguirre	89	Attila József
41	Fayad Jamís	90	Daisy Zamora
42	Luis Cernuda	91	Eugenio de Nora
43	Elvio Romero	92	Mario Jorge de Lellis
44	Agostinho Neto	93	Floridor Pérez
45	Dunya. Mikhail	94	Yannis Ritsos
46	David González	95	Rosario Castellanos
47	Jesús Munárriz		
48	Álvaro Yunque		Continuará.
49	Elías Letelier		

Cuaderno 95 de Poesía Social

ROSARIO CASTELLANOS

Biblioteca Virtual

OMEGALFA

Marzo

2015

∞